



24° Capítulo General

Discurso Principal

Rev. Dr. Donald Senior, C.P.

La Unidad a la cual estamos llamadas y por la cual Somos Enviadas: Reflexiones Bíblicas

Queridas amigas, qué privilegio el de estar con Uds. hoy al encontrarse Uds. para su 24° Capítulo General. Agradezco a la Hermana Mary y a todas Uds. esta invitación. Y qué alegría de usar algunos minutos con Uds. reflexionando sobre el corazón de la misión evangélica que nos ha sido confiada por el Cristo Resucitado – que somos llamadas a ser “uno,” tan uno como lo son Jesús y el Padre - un motivo que se hizo eco en el impresionante tema de su capítulo.

Y ¡qué oportuno es este llamado fundamental del evangelio en el mundo fracturado de hoy! Mi propio país aquí está casi paralizado por agudas y conflictivas divisiones y por grosero discurso político en tantos niveles. Nuestro mundo está destrozado por mortal violencia en tantos lugares: la tragedia de Siria, actos de terrorismo en Europa y África, amenazas de desencadenar la loca furia de la guerra en Asia. En una escala menos dramática, pero sin embargo importante y tóxica, existen algunas profundas divisiones en nuestra propia comunidad católica. Creo que un tiempo como éste, particularmente para una comunidad religiosa con tan gran historia y bendecida con un gran sentido de misión, no es un tiempo para enumerar nuestras aflicciones – aunque no podemos ignorarlas – sino es un tiempo para hundirnos más profundamente en el corazón mismo de nuestra fe cristiana para encontrar energía y

fidelidad renovadas. Es la belleza irresistible y seductora del Evangelio que hoy quiero señalar.

Hace algunos años he leído una novela de Bárbara Gordon cuyo temple y contenido se quedado conmigo. Su título era: *Estoy bailando tan rápidamente como puedo*, y trataba de la lucha de una muy exitosa ejecutiva de una importantísima red de televisión en los E.E.U.U. Había alcanzado el pináculo de su carrera como ejecutiva principal, pero de pronto, bajo el impacto de un ritmo frenético y presiones extraordinarias, su vida comenzó a fallar: un matrimonio destrozado, un terrible disgusto con su única hija, y retrocesos inesperados y pérdida de objetivos en su trabajo. Gradualmente cayó en una enfermedad mental, literalmente se encerró en su departamento, con un miedo casi suicida de salir. La novela – que se basaba en una historia real – trataba principalmente de la lucha de esta mujer por volver a arreglar su vida. Un momento clave llegó cuando en un atroz ataque de pánico ella le dijo a su médico que realmente no sabía cómo seguir viviendo – tenía miedo de salir de su cama. El doctor le dijo: “Ud. Sin embargo sabe algo muy importante – sabe cómo respirar.” Y pidió a la mujer que quedara en silencio por un momento y se escuchara a sí misma respirar – inspirando y espirando.

Años más tarde, después de una larga, escarpada escalada por volver a ordenar su vida, la mujer recordaba aquel momento como un punto de viraje para ella. Ella **realmente** sabía cómo respirar, hacienda entrar el aliento de la vida y dejándolo salir. El ejercicio vital que mantiene vivo un ser humano.

Este acto fundamental – inspirar y espirar – es parte de una imagen que quisiera usar esta mañana reflexionando sobre nuestro encuentro con Jesús y su misión. Este tiempo es turbulento para nuestro mundo y para la Iglesia. En medio de gran vitalidad y bendición en todos nuestros alrededores hay también mucho dolor y pérdida en nuestro mundo, como lo sabemos. Además de todos los problemas que podemos enumerar en nuestra vida pública hay, desde hace algún tiempo, muchas personas que trabajan en la Iglesia, incluso religiosos, que se sienten presas de una resaca más sutil.

La disminución numérica, reducciones económicas, inseguridad respecto al futuro, una pequeña depresión que sofoca la esperanza por parte de muchos y pone a la gente en clave de supervivencia. También nosotros podemos sentir que estamos bailando tan rápidamente como podemos.

Hay muchas cosas que podemos hacer para refrescar nuestras mentes, nuestros espíritus, nuestros cuerpos. Permítanme sugerir una manera de refrescarnos como pueblo cristiano recordando la profundidad y hermosura de la misión que nos ha sido confiada por Jesús. Creo que el aliento vital de la vida cristiana en todas sus formas es la misión cristiana. Encontrar a Jesús no es simplemente un momento privado sin consecuencias públicas. No, encontrar auténticamente al Jesús de los Evangelios es también estar encendido por su envío a nuestro mundo.

Extender la presencia de Cristo hacia dentro del mundo – en toda su hermosura y profundidad, con toda su gracia y poder transformador, con su magnético llamado a la unidad – ésta es la vocación primaria de cada cristiano. Evangelización o misión no deben entenderse simplemente en el sentido clásico de la misión a las naciones o **ad gentes**, aunque semejante forma de misión permanece válida. No, sabemos que la misión no está restringida al ministerio heroico de unos pocos que dejaron las playas de su patria para ganar almas para Cristo. Esta es una de las grandes revelaciones de las que podemos enorgullecernos en estos últimos años: tener un sentido del pleno alcance de la misión cristiana en el mundo. Juan Pablo II manifestó que cada cristiano “... tiene la tarea profética de recordar y servir al plan divino para la humanidad, como está anunciado en la Escritura y como emerge de una lectura atenta de los signos de la acción providencial en la historia. Esto es el plan para la salvación y reconciliación de la humanidad.” La misión en su sentido profundo y amplio incluye cada aspecto de la vida cristiana: nuestro culto, el espíritu de nuestra oración y contemplación, nuestro compromiso con justicia y paz, nuestro esfuerzo por reconciliación y mutuo respeto entre pueblos y tradiciones religiosas; nuestro cuidado de la creación misma. Este sentido amplio de la misión cristiana es verdaderamente, en las palabras del Papa, un plan para la salvación y reconciliación de la humanidad y

realmente del mundo creado en el que se desarrolla la humanidad. Esta es la “nueva evangelización” de la que han hablado los últimos tres Papas. Su espíritu no es imperialista o dominador. Al igual que el evangelio es anunciado con confianza y con gratitud por su comprobada hermosura, la evangelización se hace en un espíritu de respeto por los demás y por sus tradiciones sagradas y la integridad de sus culturas. Estamos llamados, en las palabras del Papa Francisco, a ser “discípulos misioneros”.

La Misión de Jesús y la Misión Cristiana

Es una perogrullada, pero repitémoslo aquí: Cada forma de vida cristiana – incluyendo de una manera particularmente intensiva la vida religiosa – tiene que tomar su inspiración de la vida y misión de Jesús. Es en encontrar verdaderamente a Jesús donde encontramos nuestra misión en el mundo. Y si cualquier significado de misión cristiana debe tomar su espíritu y sentido de la misión de Jesús, entonces es allí adonde debemos volvernos.

Inspirar y espirar... esa elemental actividad humana es también una metáfora que, pienso, vale para la misión de Jesús. Una de las maneras en las que he llegado a pensar, su ministerio es algo como la actividad de respirar – un inhalar vida en un centro vital donde se encuentra verdadera comunión; la extensión de la vida a los más lejanos límites de la realidad. Un gesto semejante a un abrazo, llegar hacia afuera y traer hacia adentro. Cuanto más me he apartado de los evangelios, tanto más concibo la misión de Jesús en términos de estos dos gestos relacionados que llegan a ser un solo movimiento fluido y caracterizan los elementos fundamentales del ministerio de Jesús: llegar hacia afuera y traer hacia adentro. Los dos gestos estaban exigidos por las más profundas convicciones e inclinaciones de su vida y su vocación: llegar hacia afuera en un gran abrazo de toda la extensión de Israel, incluyendo a los que estaban en los márgenes; llevando hacia adentro a toda la comunidad – lavada y no lavada – hacia una comunión de vida, a la unidad, que da gloria a Dios.

Uno de mis textos favoritos, uno que con seguridad la Iglesia primitiva no inventó, es el de **Mateo 11,18**. Ud. Recuerdan ese texto donde Jesús confronta a sus adversarios, repitiendo sus palabras hostiles:

‘¡Les tocamos la flauta y Uds. no bailaron! ¡Entonamos cantos fúnebres y Uds. no lloraron!’ Porque llegó Juan, que no come ni bebe, y Uds. dicen: ‘¡Ha perdido la cabeza!’ Llegó el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: ‘Es un glotón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores’. Pero la sabiduría ha quedado justificada por sus obras.

Implícita en la reacción hostil de sus adversarios está un tributo a los dos gestos característicos de Jesús de los que he hablado. “Amigo de publicanos y pecadores” - una señal del alcance extraordinario de Jesús más allá de los límites. Jesús fue enviado para hacer que Israel volviera a Dios, así que en espíritu de compasión buscó también a aquellos que vivían al margen de la comunidad, los del borde, las “ovejas perdidas” de la casa de Israel. Y, al mismo tiempo, este “bebedor y glotón” llevaba a los perdidos hacia adentro, al centro vital donde él partiría con ellos el pan de Dios. Aquí vemos un tributo a las comidas inclusivas tan características de la misión de Jesús relatadas en los evangelios.

Estos dos gestos – llegar hacia afuera y traer hacia adentro – son fundamentales para el retrato evangélico de Jesús. Ningún estudio contemporáneo del Jesús histórico negaría el hecho de que Jesús se entendía extraordinariamente con aquéllos que estaban en los márgenes, con los que estaban aislados y alienados sin el contexto social del judaísmo palestino del siglo primero. Piensen, por ejemplo, en el énfasis que pone el evangelio en el compromiso de Jesús como sanador carismático. Todo lo que uno tiene que hacer es leer el capítulo de apertura del Evangelio de Marco, el evangelio que encontraremos en las lecturas dominicales el año que viene, para ver en detalles tan crudos y poderosos – Jesús sanando de la salida del sol hasta la puesta del sol, las puertas atascadas por los enfermos que vinieron a él como atraídos por una fuerza magnética. Sanar, entonces como ahora, no es solamente transformación física – y Jesús ciertamente se ocupaba de ella – sino sanar implica

también la eliminación del aislamiento y de la exclusión que los enfermos en las sociedades tradicionales, pero también en la nuestra, característicamente experimentan.

Prácticamente todos los encuentros de Jesús con los gentiles en la literatura evangélica están en el contexto de la curación. Esto refleja, en parte, la naturaleza intrínsecamente rompedora de límites de las historias de curación en el Nuevo Testamento. En la mayoría de las historias tanto el sanador (Jesús) como el que ha de sanarse hacen un movimiento rompedor de límites, cruzando abismos de tabú, cultura, realmente el límite entre la vida y la muerte misma, para ser curados. La curación tiene un significado abarcador, implicando no solo la transformación física, sino dimensiones espirituales, psicológicas y sociales. El lenguaje de la liberación a menudo se usa en las historias de curación, particularmente cuando se describe la posesión demoníaca como opresiva, como en el caso del endemoniado de Gerasa en Marcos 5,1-20, o la mujer encorvada en Lucas 13,10-17. Al menos desde la perspectiva del Nuevo Testamento, la misión cristiana de liberación puede hallar una base profunda en la misión sanadora de Jesús que libera a la gente de experiencias abrumadoras del mal que los deshumanizan y oprimen. La curación o el exorcismo toma la forma de liberación del mal e inclusión en una vida comunitaria.

Las transformaciones implicadas en los relatos de curación no solo incluyen la condición física, social y espiritual del enfermo o discapacitado, sino también un desafío profundo y una transformación de la misma comunidad. Así en la historia de la mujer encorvada en Lucas 13, la liberación de la mujer por Jesús es vista como un disturbio profundo del orden de la sinagoga por parte del jefe de la sinagoga. Jesús defiende vigorosamente el derecho de la mujer, una hija de Abrahán, de ser curada el sábado. La curación del endemoniado de Gerasa en Marcos 5, una historia innegablemente misionera, trae caos y desorganización al pueblo cuando el demonio entra en el rebaño de cerdos y ellos se precipitan por la roca al mar, y el pagano endemoniado es devuelto a la plena participación en su comunidad. En la historia de la curación de la hija de la mujer cananea de Mateo 15 es Jesús mismo que encuentra

desafiadas sus suposiciones. Su envío ya no es solamente a las ovejas perdidas de la casa de Israel ahora que esta mujer pagana y su fe insistente han tenido admisión al terreno de su ministerio de curación.

Estos relatos sirven para una poderosa dinámica de inclusión en la literatura evangélica, una dinámica captada no solo en las historias de curación, sino en materiales tan diversos como la enseñanza característica de Jesús sobre el amor a los enemigos, su llamado de Leví y otros proscritos sociales y sus parábolas como las famosas parábolas de misericordia de Lucas 15 sobre la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo perdido y el énfasis radical en las obligaciones de perdón y reconciliación en el discurso comunitario de Mateo 18. En todo este material trae Jesús a los proscritos, los marginados, los alienados y los oprimidos adentro del círculo de la comunidad, adentro de la "unidad" de la cual habla la constitución de su comunidad, y al mismo tiempo llamando a la comunidad misma a la conversión y apertura. Así la curación – entendida en un sentido amplio e inclusiva – era una parte intrínseca de la interpretación de misión en la cristiandad primitiva.

Consideren también como parte de la naturaleza expansiva de la misión de Jesús el ojo que Jesús tenía para los socialmente marginados: Leví en su puesto de recaudador de impuestos, el centurión en Cafarnaún, la mujer cananea, el ciego Bartimeo en la ruta, la mujer samaritana sola en la fuente, Zaqueo en su sicómoro. Queda también claro desde el Sermón de la Montaña y otros dichos y parábolas de Jesús que él estaba convencido de que los desvalorizados por otros eran capaces de virtudes heroicas. Jesús tuvo una gran fe en la capacidad de la persona humana para la santidad y la **grandeza**.

No hay duda de que el Jesús histórico fue más allá de los límites y tampoco hay duda, creo, de que este alcance provocativo se basaba en su propia experiencia del Dios de Israel como de alguien cuyo alcance no fue encerrado en los límites de Israel, sino llegó más allá de estos límites. Jesús, parece, abrió su mente y corazón también al ocasional pagano. Como judío piadoso Jesús no frecuentó los territorios paganos ni

concibió una misión a los paganos como su misión primaria siendo llamado a restaurar Israel, pero cuando se encontró ante uno de los hijos de Dios necesitado, aunque fuese un pagano, por lo visto respondía con compasión – poniendo las bases para lo que la comunidad primitiva finalmente se sentiría impulsada a hacer, a llegar más allá de Israel en nombre de Jesús. Jesús que merecía y se preciaba en la opinión de sus enemigos: “un amigo de los publicanos y de los que están fuera de la ley.”

Y luego está la dimensión de su inspirar – se ve que una forma importante de interpretar al Jesús de la historia no es que haya venido a fundar una Iglesia en el sentido de establecer una entidad completamente nueva, separada de la comunidad de Israel. La “Iglesia” ya estaba ahí, la **qahal** de Dios, la “asamblea” o “*ecclesia*” de Israel. Jesús más bien vio como su misión dada por Dios la restauración de Israel, el aliento de nueva vida y un sentido más profundo de comunidad en el pueblo creado por Dios y marcado con la alianza del Sinaí, una “unidad de corazón y mente” como los Hechos retratan la primera comunidad cristiana en Jerusalén. Así, en un estallido de maravillosa ironía y de optimismo dado por Dios, llamaría a su grupo alborotado y vulnerable de discípulos los “doce” y les prometería que ellos se sentarían en los tronos de las tribus de Israel.

Y aquí está seguramente el significado interior de las comidas extraordinarias que parecen haber sido una característica del ministerio de Jesús. Comidas con Leví y sus amigos, comidas con Simón el fariseo, comidas con las multitudes en las laderas de la montaña, comidas con sus discípulos. Las comidas ideales descritas en sus parábolas – bodas en que las invitaciones se reparten en las carreteras principales y en los senderos, banquetes reales crujientes de comida y solicitando huéspedes, comidas a las que vendrían extranjeros del este y del oeste sentándose a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob, comidas pascuales empapadas de emoción y ansias.

La comunidad primitiva verá en estas comidas características una evocación de Dios alimentando a su pueblo en el desierto con maná y codornices, y como un signo de la llegada de la Eucaristía. En cada caso señalaban el significado fundamental de la

misión de Jesús como una reunión de Israel, como una comunión que incluía a todos los hijos de Dios, como un signo de la comunión definitiva en gozo y alabanza y vida copiosa con el Dios de Israel que, en la visión de Isaías 25, prepararía un banquete y alimentaría al pueblo con carne escogida y hermosos vinos, quitando las trampas de la muerte y secando las lágrimas de cada rostro.

La misión de Jesús, entendida en estos términos de llegar hacia afuera y traer hacia adentro, de inclusión y comunión, llevará finalmente a su muerte y dará a la cruz el sentido de un acto de profundo amor. Jesús murió por su manera de vivir.

Así las notas características y normas profundas del ministerio de Jesús – su llegar hacia afuera y traer hacia adentro – puede básicamente ser considerado como derivado de la experiencia de Dios de Israel por el mismo Jesús. Un Dios que no es un Dios de una tribu sino el Dios de las naciones. Un Dios cuya hermosura trascendente llegaba mucho más allá de los límites de la imaginación de Israel y excedía por mucho sus esperanzas. Un Dios cuyo amor incondicional y compasión sobrecogedora eran más de lo que algún corazón humano podía comprender. Este Dios fue el fundamento del ser de Jesús y la base de su misión. La intuición impulsada por el Espíritu en la comunidad primitiva la capacitaría para ver que Jesús no sólo reveló a este Dios a través de su ministerio, sino que Jesús mismo – en su mismo ser – encarnaba esta realidad divina.

Aquí tocamos otra intuición de la enseñanza de la Iglesia sobre la misión que ha empezado a destacarse en nuestros tiempos, a saber, que el primordial fundamento teológico y bíblico de la misión es la misma vida de Dios, realmente el misterio de la Trinidad misma. Dios encarna el impulso misionero – llegando hasta un amor auto-trascendente – amor que cual abundancia increíble, irreprochable proviene del mismo ser relacional de Dios, amor que es tan intenso que los tres son uno, amor que se abalanza en el acto de la creación, amor que se extiende hasta dentro de la vida de un pueblo y su historia. Y un amor cuyo propósito fundamental es el de atraer a toda la creación a la insondable hermosura y vitalidad del mismo ser de Dios – de crear una

comuni3n entre todo lo viviente – para llegar a que, en las exquisitas palabras del Evangelio de Juan que cita la constituci3n de Uds.: “todos sean uno, como t3, Padre, est3s en m3 y yo en ti, que tambi3n ellos est3n en nosotros, para que el mundo crea que t3 me enviaste.”

Aqu3 est3 el elemental acto vital: espirar e inspirar; llegar hacia afuera y traer hacia adentro. Este ritmo divino de la vida es el fundamento de toda misi3n. En un libro maravilloso sobre la misi3n en el Antiguo Testamento, Lucien Legrand destaca que este ritmo divino halla un eco en una tensi3n din3mica perteneciente a la propia vida de Israel. Legrand ve una din3mica fundamental que ya aparece en el Antiguo Testamento, donde Israel se extiende sobre los polos gemelos de su elecci3n como pueblo escogido de Dios y su interacci3n hist3rica - talvez hasta podr3amos decir “misi3n,” para las naciones. Aunque Israel estaba convencido de su propio status como 3nico e irresistible, tambi3n entend3a que el Dios de Abraham y Sara, el Dios de Israel, era tambi3n el Dios de las Naciones. Inevitablemente, por lo tanto, Israel tuvo que tener trato con las naciones, a veces resistiendo en nombre de la pureza religiosa a las culturas que lo rodeaban, otras veces interactuando con las naciones y absorbiendo aspectos fundamentales de su vida cultural y estructuras religiosas, y a3n otras veces experimentando a las naciones como instrumentos de purificaci3n o castigo de Dios mismo a Israel.

Esa tensi3n din3mica entre la identidad y la llegada hacia afuera, entre la comunidad y la misi3n, entre el particularismo y la universalidad pasa por toda la Biblia, incluyendo ambos testamentos. Israel durante toda su historia estaba capturado entre su sentido de elecci3n como pueblo propio y especial de Dios, preocupado de las exigencias de la alianza por construir una comunidad de justicia y compasi3n – y sin embargo pregunt3ndose sobre las naciones, esos pueblos que tambi3n eran hijos de Abraham y de alguna manera destinados participar del abrazo definitivo de Dios. Elecci3n y llegada hacia afuera, Comunidad y misi3n, Inspirar y espirar. 3ste es el esp3ritu que tiene que animar a nuestra Iglesia y tambi3n a sus comunidades religiosas.

Mientras avanzo en la vida me encuentro contando cada vez más con el Evangelio de Juan para captar qué quiere Jesús decir después de todo. Yo sé que este Evangelio es importante para la tradición de Uds. como Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora y su misión de procurar la unidad. Me imagino a Juan como volviendo atrás de la complejidad de la descripción sinóptica de Jesús y su misión, destilándola y trazando en pinceladas audaces y directas el significado definitivo de todo ello.

El Evangelio de Juan lo dice todo, de una manera que es simultáneamente tanto simple como profunda. Juan comienza su evangelio con un himno exquisito que afirma que el último origen de Jesús está en Dios. Dios habla, y habla tan elocuentemente, tan completamente que esta Palabra pronuncia completamente quién Dios es, esta Palabra, de hecho, es *theos*. Porque Dios quiere comunicarse – porque Dios tiene que espirar – la Palabra es enviada al mundo por Dios, penetrando la sustancia del mundo tan completamente que la Palabra se hace Carne, se hace la Palabra Encarnada incluida en el mundo, con una historia humana, un cuerpo y un espíritu humano. Esto, se atreve a decir Juan, es el origen definitivo de Jesús. Jesús es la palabra que revela a Dios y el mensaje de Dios al mundo en su misma carne.

Si Jesús puede ser caracterizado como la palabra de Dios al mundo, ¿qué es lo que Dios quiere decir en Jesús? ¿Cuál es la Palabra? La respuesta de Juan es absoluta y profunda. Ningún texto lo dice mejor que Juan 3: “Porque Dios amó tanto al mundo, que mandó a su Hijo único al mundo, no a condenar al mundo sino que el mundo tuviera la vida por él.” El mensaje de Dios no es un mensaje de condenación sino de amor redentor – esto es el corazón del evangelio, esto es lo que la Palabra tiene que decirle al mundo, esto es la evangelización primaria.

Y para Juan, este mensaje fundamental de la palabra de Dios, este mensaje de amor redentor, está expresado en cada gesto de Jesús, cada conversación, cada acción característica, cada acto de curación, cada expresión profética de verdad, cada contacto de Jesús con sus discípulos – todo esto es finalmente una palabra de amor, una palabra de vida. Por eso para Juan la definitiva expresión de la misión de Jesús, la

afirmación última y más elocuente de lo que la Palabra Encarnada tiene que decir a nuestro mundo se pronuncia, paradójicamente, a través de su muerte. Juan entiende la muerte de Jesús como un acto de amor de amistad – “No hay mayor amor que éste, que uno dé su vida por su amigo.” La muerte de Jesús es un acto de amor.

Y luego, al final de su evangelio, Juan completa el círculo. El destino final de Jesús como Palabra de Dios es fundamentalmente la comunión – unidad – en gozo y alabanza con el Dios de amor que lo mandó al mundo. Así pinta Juan el momento de la muerte de Jesús como un ascenso de regreso a Dios, como una “alzada” a la plena comunión de amor que la Palabra anhela. Y, dice el Evangelio de Juan, lo que pasa a Jesús es también el destino de la humanidad. Por el poder del Espíritu, también los discípulos han de aprender el idioma del amor, a amar como lo hizo Jesús, a entregar sus vidas por sus amigos. Y, como en el caso de Jesús, así el elemental punto final del destino humano es la comunión con Dios – cuando todos sean uno, “como tú, Padre, en mí y Yo en ti, y ellos en nosotros”.

Es aquí donde el Jesús de la historia y el Cristo de la fe se funden en uno solo. Si Jesús de Nazaret puede ser descrito como animado por una profunda convicción de la presencia de Dios, por una experiencia del Dios de Israel tanto trascendentemente santo como impresionantemente hermoso, pero también infinitamente tierno e incondicionalmente bondadoso y amante, y si esto era la convicción más íntima que quedó impresa en el carácter de la misión y enseñanza de Jesús, entonces el Espíritu de Dios ha llevado a la Iglesia desde sus primeros momentos a entender que tan completamente inundaba la presencia de Dios a Jesús que, de hecho, él *era* aquella presencia encarnada. Tan totalmente irradió Jesús de Nazaret al Espíritu de Dios que él de hecho sustancialmente participa de ese Espíritu divino. Jesús revela a Dios no solo por su profunda enseñanza, sino revela a Dios en su misma encarnación como Hijo de Dios.

No está lejos el Puente entre las representaciones evangélicas de Jesús y las decididas convicciones de la Iglesia sobre la identidad de Jesús y la naturaleza de la

fe en él. Debemos a Pablo el entendimiento clave: La Iglesia es el “cuerpo” de Cristo, no precisamente como un símil adecuado, sino como una profunda realidad metafísica. Por más escandalosa y frágil quiera aparecer la comunidad de la Iglesia, creemos que en y por la Iglesia Cristo Resucitado está presente, está encarnado, está visible al mundo.

Todavía vale la excelente contribución de Schillebeeckx de hace mucho: la Iglesia es el sacramento primordial del encuentro con Cristo, y todos los otros actos sacramentales específicos de la Iglesia son al fin sólo expresiones de este sacramento fundamental. De manera que es aquí donde se ensambla la cuestión. Si la Iglesia es el cuerpo de Cristo en el mundo, entonces las acciones de la Iglesia y su misión deben aspirar a revelar el mismo carácter fundamental de Jesucristo presentado en los evangelios. No podemos imitar a Jesús en el nivel de los detalles de su vida. No somos palestinos del primer siglo, carismáticos sanadores judíos y maestros mesiánicos. Pero en el nivel de carácter fundamental, de características determinantes, tiene que haber una correspondencia creíble entre el carácter fundamental de la misión de Jesús y la misión de la Iglesia. Tanto la vida de Jesús como la vida de la Iglesia deben estar fundadas en el carácter del Dios revelado por Jesús, ambos tienen que estar sentados en esa armonía fundamental, esa melodía de fondo que da sonido y coherencia a todo lo que finalmente decimos y hacemos.

Conclusión

Si espirar e inspirar es una metáfora para el actuar divino en el mundo, si el llegar hacia afuera en un gesto de compasión y justicia hacia los límites de la vida humana y la creación, y el traer hacia adentro para una vital comunión de vida y amor definen la misión de Jesús, entonces es también la misión fundamental de la Iglesia y de cada tipo de ministerio en la Iglesia. Si la Iglesia ha de ser el sacramento del

encuentro con Cristo – entonces esto define también el carácter fundamental de cada comunidad cristiana, sea una parroquia, o una comunidad religiosa, o cualquier reunión seria de cristianos. Un significado de misión que refleja la misión divina en el mundo y que está en armonía con la misión de Cristo no es por lo tanto solamente el llegar hacia afuera, sino también el acto de traer hacia adentro. Demasiado a menudo los metemos por separado. Definiendo a la misión solamente en el sentido de un cruzar fronteras y de frenética actividad fuera de toda vida esencial comunitaria. O a la comunidad vuelta hacia adentro y separada, una anticuada cultura eclesial sin preocupación por o comunión vital con el mundo de la humanidad y la creación de la cual somos parte – el tipo de cultura “clerical” que el Papa Francisco ha cuestionado tantas veces con sus palabras y acciones.

Si éste es el alcance de la misión a la cual estamos llamadas – una misión arraigada en la misma vida del Dios Uno y Trino, cuyo objetivo es la misma búsqueda de la definitiva vida y comunión con Dios – entonces el proyecto al que estamos llamados es mucho más fundamental que cualquiera de nuestras preocupaciones y mucho más crucial de lo que podemos imaginar. Esto es algo muy importante para nosotros ahora. En un tiempo de disminución para muchos, en un tiempo en que nos sentimos inundados de escándalos del tipo más debilitante, en un mundo cuyas inseguridades y peligros de explotar son amenazantes, en un mundo tan fracturado y dividido – en tiempos como estos podríamos pensar en nuestra misión como algo inútil o irrisorio. Podríamos, de hecho, olvidarnos de cómo respirar. No, no estamos comprometidos con algo insignificante o sectario o trivial. Tenemos que acordarnos de que estamos vivos. No estamos simplemente llevando vida piadosas o ejecutando tareas rutinarias. Nuestra herencia bíblica, las fuentes mismas de donde brota nuestra fe, y la herencia y misión de la propia comunidad religiosa de Uds., nos recuerdan que estamos llamadas a participar en la tarea divina en el mundo – llegar hacia afuera sanando y compadeciendo a todo el pueblo de Dios, llevar hacia adentro desde más allá de las fronteras de cultura y raza y edad para formar una vida de comunión agradable a Dios, llegando hacia afuera hasta los límites de nuestro universo y estando en comunión con la misma tierra. Aún si estamos débiles e incompetentes, aún si el

camino no siempre nos resulta claro, estamos comprometidos con una tarea noble, sagrada, cuyos límites son tan anchos como el mundo y cuyo propósito es nada menos que la gloria de Dios. Tenemos que recordar que es parte de nuestra herencia bíblica y la tradición de nuestra fe que el Espíritu de Dios no está confinado a la Iglesia sino recorre el mundo y su gente – soplando en cualquier parte. La arena de la misión no es simplemente la Iglesia sino el mismo mundo. “El campo es el mundo” – éstas son palabras del mismo Jesús en su explicación de la parábola del sembrador.

De manera que, pese a nuestros problemas y nuestra debilidad, éste no es un tiempo para vacilar o echarse atrás. No podemos resignarnos al cansancio del espíritu. Ahora es el tiempo de alzar, por nosotros mismos, por la Iglesia en general y por la próxima generación de cristianos, nuestros ideales mejores y más nobles y más ambiciosos – es para nosotros el tiempo de encontrar nuevamente la fe en el Jesús de los evangelios y así renovar nuestra sensibilidad para la misión cristiana hacia el mundo. En sus maravillosos mensajes a la Iglesia, el Papa Francisco nos ha recordado que nuestras vidas tienen que entrelazarse con tres relaciones fundamentales: con el Dios de amor, con todos los otros como hijos de Dios y con la creación, el escenario de vida que Dios nos ha dado. Conscientes de estas relaciones vitales estamos llamados, en las hermosas palabras del Papa, a “construir una civilización del amor”.

Me gustaría cerrar con esta historia que podría servir de comentario de lo que he estado tratando de decir sobre la Iglesia como cuerpo de Cristo, como una Iglesia llamada a la unidad en el espíritu de Jesús, el revelador del amor de Dios hacia el mundo. Tal vez Uds. recuerden haber oído del hombre aquí en los Estados Unidos, en la ciudad de Detroit, que estaba hospitalizado esperando un trasplante de corazón. Mientras estaba esperando un apropiado corazón de donante, su propia hija murió trágicamente en un accidente automovilístico en Tennessee. En su carnet de conductor ella había marcado “donante de órganos”. Cuando los médicos se acercaron a él y le preguntaron si pensaba aceptar el corazón de su propia hija para su trasplante, dijo primero que no podía ni pensar en ello – tan abrumadora era su pena y confusión. Pero luego, dijo, empecé a pensar qué quisiera mi hija que yo hiciera... y consintió en

recibir su corazón. En la conferencia de prensa, cuando le dieron el alta del hospital (el corazón por supuesto anduvo perfectamente), un periodista le preguntó: “¿Qué cambio produce todo esto a Ud.?” El hombre esperó un momento, dominó su emoción y dijo: “Quiero que sepa que mi vida jamás será la misma, porque nunca puedo olvidar que llevo en mi cuerpo el corazón de alguien que me amaba y dio su vida por mí. Jamás nada será igual para mí.”

Vernos como la encarnación del Cristo Resucitado significa vivir desde esa conciencia fundamental. Ser cristiano, nos recordó el Papa Benedicto al inaugurar el Año de la Fe, significa vivir nuestras vidas como una experiencia de amor recibido y comunicar nuestra fe como una experiencia de gracia y alegría. Esa experiencia de amor recibido y amor dado, de inspirar y espirar, de procurar la unidad con Dios, con los demás, con nuestro mundo, realmente describe el espíritu de Jesús mismo. Y nosotros somos el cuerpo de Cristo para el mundo y somos la Iglesia. Como para el hombre con un nuevo corazón dado por amor, jamás nada puede ser lo mismo para nosotros.

Donald Senior, C.P.
Catholic Theological Union
Chicago, Illinois, USA